

Cuando en particular los apartaban,  
De su cercana muerte asegurados  
El sospechado engaño declaraban;  
Pero luego delante dél llevados,  
Con medroso temblor se retrataban,  
Negando la verdad ya comprobada,  
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,  
Y que encubrirse al cabo no podía,  
Dejando aquel remedio infructuoso,  
Quiso tentar el último que había;  
Y así llamando al capitán Reinoso,  
Que luego vino á ver lo que quería,  
Le dijo con sereno y buen semblante  
Lo que dirán mis versos adelante.

## CANTO XXXIV.

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la elección del nuevo general; manda el rey D. Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa  
A tantas desventuras sometida!  
Prosperidad humana sospechosa,  
Pues nunca hubo ninguno sin caída:  
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa  
Que no sea amarga al cabo y desabrida?  
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:  
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido  
A quien la vida larga ha deslustrado,  
Que el mundo los hubiera preferido  
Si la muerte se hubiera anticipado:  
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,  
Y el cónsul que en Farsalia derrocado  
Perdió por vivir mucho, no el segundo,  
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,  
Famoso capitán y gran guerrero,  
Que en el término américo indiano  
Tuvo en las armas el lugar primero;  
Mas cargó fortuna así la mano  
Dilatándole el término postrero,  
Que fué mucho mayor que la subida  
La miserable y súbita caída.

El cual reconociendo que su gente  
Vacilando en la fe titubeaba,  
Viendo que ya la próspera creciente  
De su fortuna apriesa declinaba,

Hablar quiso á Reinoso claramente:  
Que venido á saber lo que pasaba,  
Presente el congregado pueblo todo,  
Habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido  
Me hubiera el duro y áspero destino,  
Y si esta mi caída hubiera sido  
Debajo de hombre y capitán indino,  
No tuviera el brazo así desfallecido,  
Que no abriera á la muerte yo camino  
Por este propio pecho con mi espada,  
Cumpliendo el curso y misera jornada.

«Mas juzgándote digno y de quien puedo  
Recibir sin vergüenza yo la vida,  
Lo que de mi pretendes te concedo  
Luego que á mí me fuere concedida;  
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,  
Que aquesa es de los prósperos temida,  
Y en mí por experiencia he ya probado  
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.

«Yo soy Caupolicán, que el hado mío  
Por tierra derrocó mi fundamento,  
Y quien del araucano señorío  
Tiene el mando absoluto y regimiento:  
La paz está en mi mano y albedrío,  
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,  
Pues tengo por mi cargo y providencia  
Toda la tierra en freno y obediencia.

«Soy quien mató á Valdivia en Tucapeló,  
Y quien dejó á Purén desmantelado;  
Soy el que puso á Penco por el suelo,  
Y el que tantas batallas ha ganado;  
Pero el revuelto ya contrario cielo  
De victorias y triunfos rodeado  
Me ponen á tus piés á que te pida  
Por un muy breve término la vida.

«Cuando mi causa no sea justa, mira  
Que el que perdona más es más clemente;  
Y si á venganza la pasión te tira,  
Pedirte yo la vida es suficiente;  
Aplaca el pecho airado, que la ira  
Es en el poderoso impertinente,  
Y si en darme la muerte estás ya puesto,

Especie de piedad es darla presto.

«No pienses que aun que muera aquí á tus manos  
Ha de faltar cabeza en el estado:  
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,  
Mas como yo ninguno desdichado;  
Y pues conoces ya á los araucanos,  
Que dellos soy el mínimo soldado,  
Tentar nueva fortuna error sería  
Yendo tan cuesta abajo ya la mía.

«Mira que á muchos vences en vencerte;  
Frena el ímpetu y cólera dañosa:  
Que la ira examina al varón fuerte,  
Y el perdonar, venganza es generosa.  
La paz común destruyes con mi muerte:  
Suspende ahora la espada rigurosa,  
Debajo de la cual están á una  
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

«Aspira á más y á mayor gloria atiende;  
No quieras en poca agua así anegarte:  
Que lo que la fortuna así pretende  
Solo es que quieras della aprovecharte.  
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,  
Que estoy en tu poder ya de tu parte,  
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho  
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

«Que si esta mi cabeza desdichada  
Pudiera, ó capitán, satisfacerte,  
Tendiera el cuello á que con esa espada  
Remataras aquí mi triste suerte;  
Pero deja la vida condenada  
El que procura apresurar su muerte,  
Y más en este tiempo, que la mía  
La paz universal perturbaría.

«Y pues por la experiencia claro has visto  
Que libre y preso, en público y secreto,  
De mis soldados soy temido y quisto,  
Y está á mi voluntad todo sujeto;  
Haré yo establecer la ley de Cristo,  
Y que sueltas las armas te prometo  
Vendrá toda la tierra en mi presencia  
A dar al rey Felipe la obediencia.

«Ténme en prisión segura retirado  
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:

Que yo sé que el ejército y senado  
 En todo aprobarán lo que hiciere:  
 Y el plazo puesto y término pasado  
 Podré también morir, si no cumpliere:  
 Escoge lo que más te agrada desto,  
 Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio más, y la respuesta  
 Sin turbación mirándole atendida,  
 Y la importante vida ó muerte presta  
 Callando con igual rostro pedía:  
 Que por más que fortuna contrapuesta  
 Procuraba abatirle, no podía,  
 Guardando, aunque vencido y preso, en todo  
 Cierta término libre y grave modo.

Hecha la confesión como lo he escrito,  
 Con más rigor y priesa que advertencia,  
 Luego á empalar y asaetearle vivo  
 Fué condenado en pública sentencia.  
 No la muerte y el término excesivo  
 Causó en su gran semblante diferencia:  
 Que nunca por mudanzas vez alguna  
 Pudo mudarle el rostro la fortuna

Pero mudóle Dios en un momento  
 Obrando en él su poderosa mano,  
 Pues con lumbre de fe y conocimiento  
 Se quiso bautizar y ser cristiano.  
 Causó lástima y junto gran contento  
 Al circunstante pueblo castellano,  
 Con grande admiración de todas gentes,  
 Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice día,  
 Que con solemnidad le bautizaron,  
 Y en lo que el tiempo escaso permitía  
 En la fe verdadera le informaron;  
 Cercado de una gruesa compañía  
 De bien armada gente le sacaron  
 A padecer la muerte consentida  
 Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,  
 Das pesadas cadenas arrastrando,  
 Con una soga al cuello y grueso ñudo,  
 De la cual el verdugo iba tirando,  
 Cercado en torno de armas, y el menudo

Pueblo detrás mirando y remirando  
 Si era posible aquello que pasaba,  
 Que visto por los ojos aun dudaba:  
 Desta manera pues llegó al tablado,  
 Que estaba un tiro de arco del asiento,  
 Media pica del suelo levantado.  
 De todas partes á la vista exento:  
 Donde con el esfuerzo acostumbrado,  
 Sin mudanza y señal de sentimiento,  
 Por la escala subió tan desenvuelto  
 Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo  
 A un lado y á otro la serena frente  
 Estuvo allí parado un rato, viendo  
 El gran concurso y multitud de gente,  
 Que el increíble caso y estupendo  
 Atónita miraba atentamente,  
 Teniendo á maravilla y gran espanto  
 Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde había  
 De ser la atroz sentencia ejecutada,  
 Con un semblante tal, que parecía  
 Tener aquel terrible trance en nada,  
 Diciendo: «Pues el hado y suerte mía  
 Me tienen esta suerte aparejada,  
 Venga, que yo la pido, yo la quiero,  
 Que ningún mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,  
 Que era un negro gelofa mal vestido,  
 El cual viéndole el bárbaro presente  
 Para darle la muerte prevenido,  
 Bien que con rostro y ánimo paciente  
 Las afrentas demás había sufrido,  
 Sufrir no pudo aquella aunque postrera,  
 Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado  
 Cabe cosa tan fuera de medida,  
 Que á un hombre como yo, tan señalado,  
 Le dé muerte una mano así abatida?  
 Basta, basta morir el más culpado:  
 Que al fin todo se paga con la vida,  
 Y es usar deste término conmigo  
 Inhumana venganza, y no castigo.»

« ¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas  
 Contra mí se arrancaron á porfia ,  
 Que usada á nuestras miseras gargantas  
 Cercenara de un golpe aquesta mia ?  
 Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas  
 Maneras la fortuna en este dia ,  
 Acabar no podrá , que bruta mano  
 Toque al gran general Caupolicano. »

Esto dicho , y alzando el pié derecho ,  
 Aunque de las cadenas impedido ,  
 Dió tal coz al verdugo , que gran trecho  
 Le echó rodando abajo mal herido :  
 Reprehendido el impaciente hecho ,  
 Y del súbito enojo reducido ,  
 Le sentaron despues con poca ayuda  
 Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante  
 Por más que las entrañas le rompiese  
 Barrenándole el cuerpo, fué bastante  
 A que al dolor intenso se rindiese :  
 Que con sereno término y semblante  
 Sin que labio ni ceja retorciese ,  
 Sosegado quedó , de la manera  
 Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados ,  
 Que prevenidos para aquello estaban ,  
 Treinta pasos de trecho desviados ,  
 Por órden y despacio le tiraban ;  
 Y aunque en toda maldad ejercitados  
 Al despedir la flecha vacilaban ,  
 Temiendo poner mano en un tal hombre  
 De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel , que ya tenia  
 Tan poco por hacer y tanto hecho ,  
 Si tiro alguno avieso allí salia  
 Forzando el curso le traia derecho ;  
 Y en breve sin dejar parte vacia  
 De cien flechas quedó pasado el pecho ,  
 Por do aquel grande espíritu echó fuera ,  
 Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido  
 Al más cruel y endurecido oyente  
 Deste bárbaro caso referido ,

Al cual , señor , no estuve yo presente :  
 Que á la nueva conquista habia partido  
 De la remota y nunca vista gente ;  
 Que si yo á la sazón allí estuviera  
 La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos , y de suerte  
 Que por vivo llegaban á mirarle ;  
 Que la amarilla y afeada muerte  
 No pudo aun puesto allí desfigurarle.  
 Era el miedo en los bárbaros tan fuerte ,  
 Que no osaban dejar de respetarle ,  
 Ni allí se vió en alguno tal denuedo  
 Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa  
 Derramó por la tierra en un momento  
 La no pensada muerte ignominiosa ,  
 Causando alteracion y movimiento ;  
 Luego la turba incrédula y dudosa  
 Con nueva turbacion y desatiento ,  
 Corre con priesa y corazon incierto  
 A ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba  
 Del contorno y distrito comarcano ,  
 Que en ancha y apiñada rueda estaba  
 Siempre cubierto el espacioso llano :  
 Crédito allí á la vista no se daba  
 Si ya no le tocaban con la manó ,  
 Y aun tocado , despues les parecia  
 Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente  
 Para temor del pueblo ejecutada ,  
 Ni la falta de un hombre así eminente  
 En que nuestra esperanza iba fundada ,  
 Amedrentó ni acobardó la gente :  
 Antes de aquella injuria provocada ,  
 A la cruel satisfaccion aspira  
 Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza  
 Por la afrenta y oprobio recibido ,  
 Otros con la codicia y esperanza  
 Del oficio y baston ya pretendido ,  
 Antes que sosegase la tardanza  
 El ánimo del pueblo removido ,

Daban calor y fuerzas á la guerra  
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería  
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,  
Orompello, Lincoya y Lebopía,  
Purén, Cayopil y Mareande,  
En un espacio largo no podría,  
Y fuera menester libro más grande:  
Que cada cual con hervoroso afecto  
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo  
El daño de los muchos pretendientes,  
Como prudente y sábio conociendo  
Pocos para el gran cargo suficientes,  
Su anciana autoridad interponiendo  
Les hizo mensajeros diligentes,  
Para que se juntasen á consulta  
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban  
Luego para la junta se aprestaron,  
Y muchos, recelando que tardaban,  
La diligencia y paso apresuraron;  
Otros que á otro camino enderezaban  
Por no se declarar no rehusaron,  
Siguiendo sin faltar un hombre solo  
El sábio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen  
Solos, á la ligera, sin bullicio,  
Porque los enemigos no tuviesen  
De aquella nueva junta algun indicio,  
Haciendo que de todas partes fuesen  
Indios que con industria y artificio  
Instasen en la paz siempre ofrecida  
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado  
En un cómodo valle y escondido,  
La convocada gente del senado  
Al término llegó constituido,  
Y entre ellos Tucapel determinado  
De por bien ó por mal ser elegido,  
Y otros que con menores fundamentos  
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,

Moverse gran discordia y diferencia,  
Hervir con ambicion los corazones,  
Brotar el odio antiguo y competencia,  
Variar los designios y opiniones  
Sin manera ó señal de conveniencia,  
Fundando cada cual su desvarío  
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados, como digo, en el consejo,  
Los caciques y nobles congregados,  
Todos con sus insignias y aparejo,  
Segun su antigua preeminencia armados,  
Colocolo, sagaz y cauto viejo,  
Viéndolos en los rostros demudados,  
Aunque aguardaba á la sazón postrera,  
Adelantó la voz desta manera:

Pero si no os cansais, señor, primero  
Que os diga lo que dijo Colocolo,  
Tomar otro camino largo quiero,  
Y volver el designio á nuestro polo:  
Que aunque á deciros mucho me prefiero,  
El sujeto que tomo basta solo  
A levantar mi baja voz cansada,  
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,  
Para que más á tiempo esto refiera,  
Alcanzar si pudiese á don García,  
Aunque es diversa y larga la carrera:  
El cual en el turbado reino habia  
Reformado los pueblos de manera,  
Que puso con solícito cuidado  
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,  
Que tiene al Sur el gran volcan vecino,  
Fragua segun afirman de Vulcano,  
Que regoldando fuego está contino;  
De allí volviendo por la diestra mano  
Visitando la tierra al cabo vino  
Al ancho lago y gran desaguadero,  
Término de Valdivia y fin postrero;

Donde tambien llegué: que sus pisadas  
Sin descansar un punto voy siguiendo,  
Y de las más ciudades convocadas  
Iban gentes en número acudiendo

Pláticas en conquistas y jornadas;  
Y así el tumulto bélico creciendo  
En sordo són confuso rimbombaba,  
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del ligero viento,  
Y por la fama léjos esparcido,  
Hirió el desapacible y duro acento  
De los remotos indios el oído:  
Los cuales con turbado sentimiento  
Huyen del nuevo y fiero són temido,  
Cual medrosas ovejas derramadas  
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo  
De nubes congregadas de repente,  
Ni presto rayo que rasgando el cielo  
Baja tronando envuelto en llama ardiente,  
Ni terremoto cuando tiembla el suelo  
Turba y atemoriza así la gente,  
Como el horrible estruendo de la guerra  
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entran  
Destruyendo ganados y comidas,  
Quién que la tierra y pueblos saqueaban  
Privando á los caciques de las vidas,  
Quién que á las nobles dueñas deshonraban  
Y forzaban las hijas recogidas,  
Haciendo otros insultos y maldades  
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desórden, crece el desconcierto  
Con cada cosa que la fama aumenta,  
Teniendo y afirmando por muy cierto  
Cuanto el triste temor les representa:  
Solo el salvarse les parece incierto,  
Y esto los atribula y atormenta:  
Allá corren gritando, acá revuelven,  
Todo lo creen, y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,  
Que la gente llevaba derramada,  
Dejó en ella lugar desocupado  
Por donde la razon hallase entrada,  
El atónito pueblo reportado,  
Su total perdicion considerada,  
Se junta á consultar en este medio

Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento  
Tunconabala, plático soldado,  
Persona de valor y entendimiento,  
En la araucana escuela dotrinado,  
Que por cierta cuestion y acaecimiento  
De su tierra y parientes desterrado,  
Se redujo á doméstico ejercicio,  
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente  
El miedo grande y confusion que habia,  
Pues sin oír trompeta ni ver gente  
Le espantaba su misma voceria,  
En un lugar capaz y conveniente  
Junta toda la noble compañía,  
Sosegado el rumor y alteraciones  
Les comenzó á decir estas razones:

«Excusado es, amigos, que yo os diga  
El peligroso punto en que nos vemos  
Por esta gente pérfida enemiga,  
Que ya cierto á las puertas la tenemos;  
Pues el temor que á todos nos fatiga,  
Nos apremia y constriñe á que entreguemos  
La libertad y casas al tirano,  
Dándole entrada libre y paso llano.

«¿A qué fosado muro ó antepecho,  
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo  
Os podréis retirar en este estrecho,  
Que baste sola un hora á resistillo?  
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,  
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,  
Pues nos coge esta furia repentina  
Sin armas, capitan ni disciplina.

«Que estos barbudos crueles y terribles  
Del bien universal usurpadores,  
Son fuertes, poderosos, invencibles,  
Y en todas sus empresas vencedores:  
Arrojan rayos con estruendo horribles,  
Pelean sobre animales corredores,  
Grandes, bravos, feroces y alentados,  
De solo el pensamiento gobernados.

«Y pues contra sus armas y fiereza  
Defensa no teneis de fuerza ó muro,

La industria ha de suplir nuestra flaqueza,  
 Y prevenir con tiempo el mal futuro:  
 Que mostrando doméstica llaneza  
 Les podeis prometer paso seguro  
 Como á nacion vecina y gente amiga,  
 Que la promesa en daño á nadie obliga.

«Haciendo en este tiempo limitado  
 Retirar con silencio y buena maña  
 La ropa, provisiones y ganado  
 Al último rincón de la montaña;  
 Dejando el alimento tan tasado,  
 Que vengan á entender que esta campaña  
 Es estéril, es seca y mal templada,  
 De gente pobre y misera habitada.

«Porque estos insaciables avarientos,  
 Viendo la tierra pobre y poca presa,  
 Sin duda mudarán los pensamientos  
 Dejando por inútil esta empresa;  
 Y la falta de gente y bastimentos  
 Los echará deste distrito apriesa,  
 Guiados por la breña y gran recuesto,  
 De do quizá no volverán tan presto.

«Teneis de Ancud el paso y estrechez  
 Cerrado de peñascos y jarales,  
 Por do quiso impedir naturaleza  
 El trato á los vecinos naturales;  
 Cuya espesura grande y aspereza  
 Aun no pueden romper los animales,  
 Y las aves aligeras del cielo  
 Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

«Llevados por aquí, sin duda creo  
 Que viendo el alto monte peligroso  
 Corregirán el ímpetu y deseo,  
 Volviendo atrás el paso presuroso;  
 Y si quieren buscar algun rodeo,  
 Desviarse de aquí será forzoso,  
 Dejando esta region por miserable  
 Libre de su insolencia intolerable.

«Y aunque la libertad y vida mia  
 Sé que corre peligro en el viaje,  
 Con rústica y desnuda compañía  
 Salir quiero á encontrarlos al pasaje,  
 Y fingiendo ignorancia y alegría,

Vestido de grosero y pobre traje,  
 Ofrecerles he en don una miseria,  
 Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

«Quizá viendo el trabajo y poco fruto  
 Que se puede esperar de la pobreza,  
 La estéril tierra y misero tributo,  
 El linaje de gente y rustiqueza,  
 Mudarán el intento resoluta,  
 Que es de buscar haciendas y riqueza,  
 Haciéndoles volver con maña y arte  
 Las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio cuando  
 Se levantó un rumor entre la gente,  
 El parecer á voces aprobando  
 Sin mostrarse ninguno diferente;  
 Y así la ejecucion apresurando  
 En lo ya consultado conveniente,  
 Corrieron al efecto retirados  
 Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada  
 Al último confin habia venido,  
 Dando remate á la postrer jornada  
 Del límite hasta allí constituido;  
 Y puesto el pié en la raya señalada  
 El presuroso paso suspendido,  
 Dijo, si ya escucharlo no os enoja,  
 Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

## CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra ; sádeles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan ; pero viendo que no aprovecha , les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos , donde pasan terribles trabajos.

¿ Qué cerros hay que el interés no allana ,  
Y qué dificultad que no la rompa ?  
¿ Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana  
Que este no la inficione y la corrompa ?  
Destruye el trato de la vida humana ,  
No hay orden que no altere y la interrompa ,  
Ni estrecha entrada, ni cerrada puerta  
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades  
Desata el nudo y vínculo más fuerte,  
Vuelve en enemistad las amistades,  
Y el grato amor en desamor convierte :  
Inventor de desastres y maldades  
Tropella á la razon, cambia la suerte,  
Hace al hielo caliente, al fuego frio,  
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,  
Golfos profundos, mares no sulcados,  
Hasta las partes últimas ignotas  
Trujo sin descansar tantos soldados,  
Y por vias estériles , remotas,  
Del interés incitador llevados ,  
Piensan escudriñar cuanto se encierra  
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado  
Con práctica y lucida compañía  
Al término de Chile señalado,  
De do nadie jamás pasado habia ;  
Y en medio de la raya el pié afirmado,

Que los dos nuevos mundos dividia ,  
Presente yo y atento á las señales ,  
Las palabras que dijo fueron tales :

« Nacion , á cuyos pechos invencibles  
No pudieron poner impedimentos  
Peligros y trabajos insufribles,  
Ni airados mares ni contrarios vientos,  
Ni otros mil contrapuestos imposibles,  
Ni la fuerza de estrellas , ni elementos,  
Que rompiendo por todo habeis llegado  
Al término del orbe limitado :

« Veis otro nuevo mundo, que encubierto  
Los cielos hasta agora le han tenido,  
El difícil camino y paso abierto  
A solo vuestros brazos concedido :  
Veis de tanto trabajo el premio cierto,  
Y cuanto os ha fortuna prometido,  
Que siendo de tan grande empresa autores  
Habeis de ser sin limite señores.

« Y la parlera fama discurriendo  
Hasta el extremo y término postrero,  
Las antiguas hazañas refiriendo  
Pondrá esta vuestra en el lugar primero ;  
Pues en dos largos mundos no cabiendo  
Venis á conquistar otro tercero,  
Donde podrán mejor sin estrecharse  
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

« Y pues es la sazón tan oportuna  
Y poco necesarias las razones,  
No quiero detener vuestra fortuna  
Ni gastar más el tiempo en oraciones :  
Sús, tomad posesion todos á una  
Desas nuevas provincias y regiones,  
Donde os tienen los hados á la entrada  
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego pues de tropel toda la gente ,  
A la plática apenas detenida ,  
Pisó la nueva tierra libremente  
Jamás del extranjero pié batida ;  
Y con orden y paso diligente ,  
Por una angosta senda mal seguida,  
En larga retahila y ordenada  
Dimos principio á la primer jornada.



Caminamos sin rastro algunos días  
De solo el tino por el sol guiados,  
Abriendo pasos y cerradas vías  
Rematadas en riscos despeñados:  
Las mentirosas fugitivas guías  
Nos llevaron por partes engañados,  
Que parecía imposible al más gigante  
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado  
Contra su curso el sol hacía el Poniente,  
Al mundo cuatro vueltas había dado  
Calentando del pez la húmida frente,  
Cuando al bajar de un áspero collado  
Vimos salir diez indios de repente  
Por entre un arcabuco y breña espesa,  
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,  
Cubiertos de un espeso y largo vello,  
Pañetes cortos de cordel ceñidos,  
Altos de pecho y de fornido cuello,  
La color y los ojos encendidos,  
Las uñas sin cortar, largo el cabello,  
Brutos campestres, rústicos salvajes,  
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,  
Al cual el medio cuerpo le cubria  
Un roto manto de sayal grosero,  
Que misera pobreza prometia:  
Este pues, como dije allá primero,  
Era Tunconabal, que pretendia  
Mudar nuestros designios y opiniones  
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando  
Ser gente de montaña fugitiva;  
Mas ellos nuestros pasos atajando  
Venian á más andar la cuesta arriba,  
Y al pié de una alta peña reparando  
Por do un quebrado arroyo se derriba,  
Todos nos aguardaron sin recelo  
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en extraña  
Lengua de nuestro intérprete entendida,  
Dijo: « ¡Oh gente infeliz, á esta montaña

Por falso engaño y relacion traída,  
Do la serpiente y áspera alimaña  
Apenas sustentar pueden la vida,  
Y donde el hijo bárbaro nacido  
Es de incultas raíces mantenido!

« ¿ Qué informacion siniestra, qué noticia  
Incita así vuestro ánimo invencible?  
¿ Qué dañado consejo, ó qué malicia  
Os ha facilitado lo imposible?  
Frenad, aunque loable, esa codicia;  
Que la empresa es difícil y terrible,  
Y vais sin duda todos engañados  
A miserable muerte condenados.

« Que cuando no encontréis gente de guerra  
Que os ponga en el pasaje impedimento,  
Hallaréis una sierra y otra sierra,  
Y una espesura y otra, y otras ciento,  
Tanto que la aspereza de la tierra  
Por la falta de yerba y nutrimento,  
Y contagion del aire, no consiente  
En su esterilidad cosa viviente.

« Y aunque me veis en bruto trasformado  
A la silvestre vida reducido,  
Sabed, que ya en un tiempo fui soldado,  
Y que tambien las armas he vestido:  
Así que por la ley que he profesado  
Viendo que va este ejército perdido,  
La lástima me mueve á aconsejaros  
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

« Que estas yermas campañas y espesuras,  
Hasta el frígido Sur continuadas  
Han de ser el remate y sepulturas  
De todas vuestras prósperas jornadas;  
Mirad destos salvajes las figuras  
De quien son como fieras habitadas,  
Y el fruto que nos dan escasamente,  
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto de un fardel de ovas marinas  
A la manera de una red tejidas,  
Sacó diversas frutas montesinas,  
Duras, verdes, agrestes, desabridas,  
Carne seca de fieras salvajinas,  
Y otras silvestres rústicas comidas,

Langosta al sol curada, y lagartijas  
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la extrañeza  
De aquella gente bárbara notable,  
La gran selvaticuez y rustiqueza,  
El fiero aspecto y término intratable,  
La espesura de montes y aspereza,  
Y el fruto de aquel suelo miserable:  
Tierra yerma, desierta y despoblada,  
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo  
La tierra era adelante montuosa:  
Respondiónos el viejo sonriendo,  
Ser más áspera, dura y más fragosa,  
Y que así la montaña iba creciendo,  
Que era imposible y temeraria cosa  
Romper tanta maleza y espesura  
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,  
Que era de proseguir siempre adelante,  
Y que el fingido aviso malicioso  
A volvernos atrás no era bastante,  
Con un afecto tierno y amoroso  
Mostrando en lo exterior triste semblante,  
Puesto un rato á pensar afirmó cierto  
Haber cerca otro paso más abierto.

Que por la banda diestra del Poniente,  
Dejando el monte del siniestro lado,  
Había un rastro cursado antiguamente,  
Por la nacida yerba ya borrado,  
Por do podía pasar salva la gente,  
Aunque era el trecho largo y despoblado,  
Para lo cual él mismo nos daría  
Una práctica lengua y fida guía.

Fué de nosotros esto bien oído,  
Que alguna gente estaba ya dudosa,  
Y el donoso presente recibido,  
También la recompensa fué donosa:  
Un manto de algodón rojo teñido,  
Y una poblada cola de raposa,  
Quince cuentas de vidrio de colores  
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida,

Por ser joyas entre ellos estimadas,  
Y la guía solícita venida  
Con todas las más cosas aprestadas,  
Pusimos en efecto la partida  
Siguiéndonos los indios dos jornadas,  
Dando vuelta despues por otra senda  
Dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando  
Gran riqueza, ganado y poblaciones,  
Los ánimos estrechos ensanchando  
Con falsas y engañosas relaciones,  
Diciendo: « Cuando Febo volteando  
Seis veces alumbrare estas regiones,  
Os prometo so pena de la vida  
Henchir del apetito la medida. »

No sabré encarecer nuestra altiveza,  
Los ánimos briosos y lozanos,  
La esperanza de bienes y riqueza,  
Las vanas trazas y discursos vanos:  
El cerro, el monte, el risco y la aspereza  
Eran caminos fáciles y llanos,  
Y el peligro y trabajo exorbitante  
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos  
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,  
Fabricando en los llanos pensamientos  
Máquinas levantadas y quimeras:  
Así ufanos, alegres y contentos  
Pasamos tres jornadas las primeras;  
Pero á la cuarta al tramontar del día  
Se nos huyó la temerosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta,  
Los ánimos turbó más esforzados,  
Viendo la falsa trama descubierta,  
Y los trabajos ásperos doblados;  
Mas aunque sin camino y en desierta  
Tierra, del gran peligro amenazados,  
Y la hambre y fatiga todo junto  
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo  
Siempre más arcabucos y breñales,  
La cerrada espesura y paso abriendo  
Con hachas, con machetes y destraes:

Otros con pico y azadon rompiendo  
Las peñas y arraigados matorrales,  
Do el caballo hostigado y receloso  
Afirmáse seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos  
Quiso impedir el paso la natura,  
Y que así de los cielos soberanos  
Los árboles midiesen el altura,  
Ni entre tantos peñascos y pantanos  
Mezcló tanta maleza y espesura  
Como en este camino defendido  
De zarzas, breñas y árboles tejido.

Tambien el cielo en contra conjurado  
La escasa y turbia luz nos encubria,  
De espesas nubes lóbregas cerrado,  
Volviendo en tenebrosa noche el día;  
Y de granizo y tempestad cargado  
Con tal furor el paso defendia,  
Que era mayor del cielo ya la guerra  
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban  
En las hondas malezas sepultados;  
Otros ¡ayuda! ¡ayuda! voceaban  
En húmidos pantanos atascados;  
Otros iban trepando, otros rodaban,  
Los piés, manos y rostros desollados,  
Oyendo aquí y allí voces en vano  
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oír los alaridos,  
Ver los impedimentos y embarazos,  
Los caballos sin ánimo caidos,  
Destroncados los piés, rotos los brazos:  
Nuestros sencillos débiles vestidos  
Quedaban por las zarzas á pedazos,  
Descalzos y desnudos, solo armados,  
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,  
Faltando ya el refresco y bastimento,  
La aquejadora hambre miserable  
Las cuerdas apretaba del tormento;  
Y el bien dudoso, y daño indubitable  
Desmayaba la fuerza y el aliento,  
Cortando un dejativo sudor frio

De los cansados miembros todo el brío.

Pero luego tambien considerando  
La gloria que el trabajo aseguraba,  
El corazon los miembros reforzando  
Cualquier dificultad menospreciaba;  
Y los fuertes opuestos contrastando  
Todo lo por venir facilitaba:  
Que el valor más se muestra y se parece  
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo,  
De solo la esperanza alimentado,  
Pasaba á puros brazos descubriendo  
El encubierto cielo deseado:  
Íbanse ya las breñas destejiendo,  
Y el bosque de los árboles cerrado  
Desviando sus ramas intrincadas  
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta  
La entrada de la luz desocupando,  
El yerto risco y empinada cuesta  
Iban sus altas cumbres allanando;  
La espesa y congelada niebla opuesta,  
El grueso vapor húmido exhalando  
Así se adelgazaba y esparcía,  
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos  
Abriendo á hierro el impedido paso,  
Que en todo aquel discurso no tuvimos  
Do poder reclinar el cuerpo laso:  
Al fin una mañana descubrimos  
De Ancud el espacioso y fértil raso,  
Y al pié del monte y áspera ladera  
Un extendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado  
De innumerables islas deleitosas,  
Cruzando por el uno y otro lado  
Góndolas y piraguas presurosas:  
Marinero jamás desesperado  
En medio de las olas fluctuosas  
Con tanto gozo vió el vecino puérto  
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,  
Llenos de nuevo gozo y de ternura

Dimos gracias á Dios, que así escapados  
 Nos vimos del peligro y desventura;  
 Y de tantas fatigas olvidados,  
 Siguiendo el buen suceso y la ventura  
 Con esperanza y ánimo lozano  
 Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,  
 El cojo, el manco, el débil, el tullido,  
 El desnudo, el descalzo, el desgarrado,  
 El desmayado, el flaco, el deshambuido  
 Quedó sano, gallardo y alentado,  
 De nuevo esfuerzo y de valor vestido,  
 Pareciéndole poco todo el suelo,  
 Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada  
 De la ribera, en partes montuosa,  
 Hallamos la frutilla coronada,  
 Que produce la murta virtuosa;  
 Y aunque agreste, montés, no sazónada,  
 Fué á tan buena sazón y tan sabrosa,  
 Que el celeste maná y ollas de Egipto  
 No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas  
 Por plaga á veces del linaje humano,  
 Que en las espigas fértiles, granadas,  
 Con un sordo rozar no dejan grano;  
 Así pues, en cuadrillas derramadas  
 Suelta la gente por el ancho llano  
 Dejaba los murtales más copados  
 De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comían,  
 De la hambre aquejados importuna;  
 Otros ramos y hojas engullían,  
 No aguardando á cogerla una por una:  
 Quién huye al repartir la compañía  
 Buscando en lo escondido parte alguna  
 Donde comer la rama desgajada  
 De las rapaces uñas escapada.

Como el montón de las gallinas cuando  
 Salen al campo del corral cerrado,  
 Aquí y allí solícitas buscando  
 El trigo de la troj desperdiciado,  
 Que con los piés y picos escarbando

Halla alguna el regojo sepultado,  
 Y alzándose con él puesta en huida  
 Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebató buena parte  
 Deste y de aquel aquí y allí seguido,  
 Huyendo se retira luego en parte  
 Donde pueda comer más escondido:  
 Ninguno si algo alcanza lo reparte,  
 Que no era tiempo aquel de ser partido,  
 Ni allí la caridad, aunque la había,  
 Extenderse á los prójimos podía.

Estando con sabor desta manera  
 Gustando aquella rústica comida,  
 Llegó una corva góndola ligera  
 De doce largos remos impelida,  
 Que zabordando recio en la ribera  
 La chusma diestra y gente apercebida,  
 Saltaron luego en tierra sin recato  
 Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,  
 Y la causa de haber así arribado,  
 No puedo aquí deciroslo al presente,  
 Que estoy del gran camino quebrantado:  
 Así para sazón más conveniente  
 Será bien que lo deje en este estado,  
 Porque pueda entretanto repararme,  
 Y os dé menos fastidio el escucharme.